EL CARÁCTER HISTÓRICO-CULTURAL DEL MITO: APROXIMACIONES TEÓRICAS*

*Julio López Saco***

RESUMEN

Los mitos tienen un carácter universal y son una realidad social, además de una creación mental de la imaginación humana, que se presentan como ejemplares, fundacionales y primigenios. La realidad del mito radica en su verdad, en ser un modo de pensar y, por lo tanto, de conocer lógica y sistemáticamente el mundo de los objetos y los fenómenos a través de un lenguaje simbólico codificado. De este modo, además de original, el mito es necesario y útil al hombre en sociedad que desarrolla su cultura.

Palabras clave: mito / lenguaje simbólico / paradigma / universal.

ABSTRACT

The universal character of the myths are a social reality, besides of been a mental creation of the human which presents themselves as foundational and original. The reality of the myth is presented in the truth, showed as a way of thinking, the knowledge of the logical system in the real world, and also, the phenomena throughout the codify symbolic language. Besides of its own originality, the myth is a useful and necessary tool to men in society who develops its own culture.

Key words: myth / symbolic language / paradigm / universal.

* Artículo traducido por Lic. Juan Pablo Paredes

* Este artículo fue aceptado para su publicación en junio de 2003.

* Profesor asistente de Introducción a la Historia Universal e Historia de Asia en la Escuela de Historia de la UCV, así como de seminarios sobre cultura, religiosidad y mitos griegos y orientales en la Escuela de Educación en la UCAB. Cursó estudios de licenciatura en geografía e historia, especialización en historia antigua y de doctorado en prehistoria e historia antigua, en la Universidad de Santiago de Compostela, y ha publicado diversos trabajos sobre religión y mitología antiguas en revistas especializadas de filología, historia y filosofía en España y Venezuela, como *Historia Nova*, *Fortunatae*, *Montalbán*, *Praesentia*, *Pasado y Presente* y otras.

1. Mito universal, mito cultural y social

En todas las regiones y civilizaciones del mundo el mito está presente como un sistema plenamente estructurado y uniforme, revelándose como uno de los indicios culturales universales más impactantes, y no como un mero ensayo particular de una zona geográfico-cultural única y exclusiva. Su presencia y razón de ser, objeto de innumerables interpretaciones desde el siglo XIX, lo convierten en una realidad social que cumple esenciales funciones, haciéndolo extremadamente eficaz. Como una percepción propia del hombre como especie es una creación mental que bebe del lenguaje simbólico, un ejercicio de memoria y de imaginación de un pasado remoto, atemporal, primordial, prístino y paradigmático. En su realidad y en su componente psicológico radica su transformación en arquetipos universales, que han servido como medio de concebir, comprender y explicar el mundo y la existencia vital de los que vivimos en él. Pero el mito es algo más que un simple desahogo mental o una sublimación de los instintivos impulsos sexuales; es una general, impersonal y colectiva forma de experimentar las realidades humanas y las estructuras vitales del pensamiento del hombre. De este modo, se concibe como la expresión de vivencias subjetivas y también de realidades objetivas experimentadas cotidianamente dentro de un contexto social¹.

Desde la antigüedad se ha pensado en un origen común de los mitos en virtud de la analogía de muchos de sus contenidos entre culturas distantes geográfica y cronológicamente y dispares culturalmente, sin contacto alguno. A partir de esa génesis común habría habido una difusión, un desplazamiento y una serie de préstamos que habrían provocado el surgimiento de una serie de variantes, pero conservando el núcleo esencial, lo que explicaría la coincidencia de temas míticos recurrentes, como el diluvio, el fin del mundo o el origen del hombre, en el seno de mitologías diversas. Intentar hallar un lugar

común parecería una tarea inútil; por este motivo, los diversos rasgos genéricos y universales de la psiquis humana podrían servir de explicación plausible a esta generalidad tan acusada. Los mitos serían, de esta manera, vistos y percibidos como el producto de la imaginación humana², provista de un lenguaje simbólico propio y de una serie de verdades específicas, empleados para conocer el cosmos y sus peculiaridades.

Indudablemente, el mito va más allá de lo meramente ilusorio y contiene verdades bajo aspectos distintos que le confieren una validez a la par de las verdades científicas. Desde un punto de vista cognoscitivo, se hace necesario y útil y, por lo tanto, está provisto de funciones específicas³. Como elemento de la imaginación se conforma como una vívida imagen en la mente de las sociedades, expresando sin tapujos ni límites acciones o situaciones normalmente reprimidas o silenciadas por el consciente humano. Se podría entender a los mitos como un medio de conocimiento especial referente a todo aquello entendido como inaprensible y abstracto, aunque no necesariamente inconsciente. Dicho de otro modo y empleando otras palabras, ¿podrían ser medios de conocer aquellas realidades desconocidas, y por ello misteriosas, o incomprensibles empírica o racionalmente?. Si cumplen una misión, como así parece ser, y son una forma social de vivenciar y experimentar ciertos aspectos comunes, pueden ser contemplados como una vía de conocimiento, aunque no la única, acerca de cuestiones y realidades, naturales o sociales, que preocupan al grupo social. Así pues, antes de las aportaciones reflexivas y especulativas filosóficas y del desarrollo de la ciencia de rigor histórica, los mitos ejercían la función de ser instrumentos del conocimiento de las distintas realidades humanas y de ordenar, sistemáticamente, el conjunto de informaciones tradicionales⁴. Si explican y responden a interrogantes del hombre que su racionalidad no alcanza a dilucidar o a dar una respuesta mínimamente satisfactoria, poseen un lenguaje específico paralelo al racional, y por lo tanto, un significado, en muchos casos sagrado y ejemplar, para quienes lo oyen, lo leen y lo transmiten.

En su estructuración, desde luego inconsciente y sólo confirmable instintivamente, el mito adquiere una lógica, y por ende, un sentido, que es entendible en el contexto socio-histórico en el que surge, pero que también puede ser elucidado, a través de diversos modos de interpretación y exégesis, en épocas diferentes. Desde este ángulo, se nos presenta como un arquetipo universalizante, como una necesidad de todos los pueblos de la Tierra, y no como la experiencia de un grupo reducido o aislado; por este mismo hecho, actúa como un lenguaje codificado, de carácter simbólico, en base a una serie de signos y relaciones genealógicas y de parentesco entre seres divinos y heroicos, que es necesario descifrar.

En posesión de una racionalidad lógica, el mito ordena las experiencias individuales y colectivas, y entra, así, en la realidad: es un mecanismo de dominio de la realidad física, tangible, y de la mental y subjetiva. Como forma de auto-comprensión humana, expresa y comprende el devenir del hombre en el mundo y un gran número de los acontecimientos curiosos o peculiares, que por ello necesitan “ser pensados”⁵. El mito se hace, de este modo, cierto y válido, especialmente en el espacio-tiempo en el que se desarrolla la cultura o culturas que lo vivencian. Su carácter apodíctico se reconfirma a través de los rituales, que recuperan el tiempo sagrado que representa. De esta manera, se vuelve perenne por su actualización ritual, a pesar de pertenecer a un tiempo primigenio, primordial y fundacional y, por eso mismo, intemporal, desde nuestra perspectiva. Pero en su función modélica, ejemplar y como medio de significación del mundo y de la existencia humana, el mito carece de moral. Explica y cuenta cómo, por qué y para qué se hicieron las cosas, pero no valora moralmente los presupuestos en los que se fundamentan sus actuantes; únicamente trata de hacer comprensible un pasado glorioso⁶, una “Edad de Oro”, heroica y prestigiosa. En este sentido, y en especial en el mundo griego arcaico, los grupos sociales de las comunidades y ciudades, así como las familias aristocráticas, usaron el mito como una justificación de su poder, riqueza y posición social, con lo que aquél se convierte

en una justificación de la estructura social misma. Es así como el mito sirve como elemento de reflexión y actúa como un lenguaje que interpreta la realidad⁷; por lo tanto, se desenvuelve más propiamente en el campo funcional que estético, aunque su recreación literaria y plástica le haya conferido este último carácter.

Sintéticamente, podemos concebir el pensamiento mítico como un rasgo de cultura, porque las tradiciones de los diferentes pueblos, de las que el mito forma parte, y la memoria común de las diferentes etnias del mundo son elementos significativos y relevantes en todas las vivencias sociales de los grupos. El mito se universaliza y se convierte en una forma de pensar y en un elemento cultural esencial y corriente a las civilizaciones humanas porque transmite costumbres ancestrales, reglamentaciones no escritas y todo el bagaje cultural y sapiencial inherente a las agrupaciones sociales. Se convierte en una necesidad humana para comprender las realidades que nos rodean y para asimilar nuestro rico mundo de creencias. Los conceptos abstractos, simbolizados, dan lugar a la particular forma de los mitos, y cómo éstos se construyen a partir de un concreto sistema de categorías, generan un conocimiento que se manifiesta a través de un código alegórico, simbólico, metafórico, que conforma ese lenguaje peculiar que hay que descifrar para comprender a cabalidad. Se establecen así como modos determinados de ver, expresar e, incluso, de representar, conteniendo conceptos cuyos sentidos profundos están escritos en ellos mismos. Los mitos componen nociones significativas no verificables en imágenes reales, aunque no por ello dejan de existir y de tener un significado, ya que su realidad verificable no se puede concebir, porque es “meramente simbólica, estética y emblemática”⁸, y añadiríamos nosotros, ejemplar, y por ello digna de ser reactualizada. Por todo esto, el mito tiene pleno sentido, es comprensible y lógico, y lo es en virtud de su específico lenguaje, con el que organiza sistemáticamente información, actuando casi como una verdadera “filosofía”.

2. Lenguaje mítico: un símbolo, una verdad

El mito es original y de él dependen algunas de las manifestaciones culturales más relevantes de los distintos pueblos del mundo; pero su carácter originario no precisa lugar o fecha de nacimiento, porque está presente en todas partes. Como una forma de pensamiento lógico, tiene que ser entendido, puesto que transmite en un lenguaje propio, codificado, que abarca la comprensión mínima y profunda del hombre y del mundo que le rodea. Interpretar los mitos, tras decodificar sus signos y su lenguaje específico, ha sido la tarea principal a la que se han dedicado los mitólogos de los siglos XIX y XX, en especial los estructuralistas y los simbolistas, entre otros muchos⁹. Los mitos se producen a través de distintas actividades humanas, entre ellas una acción lógica y psicológica, pero también social, perfectamente reflexivas y auténticas. Con la mitología, las sociedades piensan, estructuran sus códigos ético-morales y gran cantidad de sus conceptos cotidianos, y por eso a partir de ella se genera una imagen del mundo, plasmada en lo que acertadamente A.J. Greimas llamó un “metalenguaje natural”¹⁰. El mito se inicia a través del inconsciente, de la imaginación y de la acumulación humana de experiencias comunes, contrastes, contradicciones y paradojas, que llaman la atención y que el hombre expresa simbólicamente por medio de un lenguaje que, en principio, sería gestual, provocando imágenes características y expresivas, y más tarde oral, manifestado de forma metafórica y concreta. De esta manera, los mitos se vehiculan como un proceso de reflexión abstracta, existencial, de un hombre preocupado por su entorno y por sí mismo, y se establecen como ficciones delimitadas de forma consciente más que inconsciente, generadas por mediación del uso del lenguaje y la oralidad. Nos cuentan algo, historias, en tanto que relatos diacrónicos¹¹ que expresan el cosmos y sus contenidos, convirtiendo en memorables y ejemplares, y por eso verdaderos, los orígenes de las instituciones, linajes, la muerte, el hombre o el universo en general.

A pesar de sus elementos contradictorios, fantasiosos o incomprensibles, el mito es profundamente serio y debe considerarse como “verdadero”, porque, como argumenta Kurt Hübner, “se fundamenta en el conocimiento verdadero del ser de la realidad viviente, obtenido en la intuición directa”.¹² Pero no por esto debemos entenderlo como un simple reflejo de un hecho o acontecimiento que ha ocurrido en realidad, histórico, sino como un medio de expresar modelos y arquetipos humanos y los objetos del mundo. Su verdad no se refiere directamente a la realidad mundana, sino a su modo de expresar las condiciones vitales del hombre, llenas de paradojas, contradicciones y contrasentidos. Únicamente de este modo, el mensaje del mito es verdadero, cierto, y por consiguiente, válido y eficaz en el seno de las colectividades sociales. Es válido porque sus referentes sistematizados y sus paradigmas lo son, y porque se manifiestan simbólica, alegórica y hasta metafóricamente; pero que porte verdades no significa que sea verdadero en sí mismo, lo verdadero no es lo que se refiere en él, la historia que se narra, sino cómo aparece reflejada. Y esto es así porque el material que forma parte de la historia es creíble tal y como se transmite, aunque no sea posible testimoniarlo empíricamente; incluso que sea creíble un mito por un auditorio no implica que esa historia mítica sea verosímil *per se*, si bien lo único que importa es que sus elementos fundamentales sean considerados verdades por los oyentes y se asimilen socialmente. En definitiva, la verdad del mito reside en la forma de contarlo¹³.

Las narraciones por parte de los aedos hacen reales las historias del mito, puesto que se vinculan, míticamente, lo ideal y lo material. Su actualización a través de un ritual también puede convertir en real la historia que nos cuenta: el mito se transforma, de este modo, en una realidad presente, actual¹⁴, en un sistema ordenado de experiencias por el que se tratan de representar hechos, acontecimientos, certezas sociales, históricas o naturales. Su lógica interna parte de su fundamento en una ontología mítica, no científica, y sus contradicciones derivan, básicamente, de una realidad plena de

ellas. Para el hombre el mito es, por lo tanto, una forma de experiencia cotidiana. En su realidad influye poderosamente que no es fundamenteable, ni necesita serlo, porque es algo originario y se entiende infalible: no debe ser motivado ni justificado pues su carácter fundacional-paradigmático se considera más que suficiente¹⁵. Por medio de imágenes arquetípicas capta otras dimensiones de la realidad que son extrañas a la ciencia, pero no por ello carentes de validez. En efecto, el mito se hace invulnerable por su impermeabilidad a los argumentos racionales, que no pueden destruirlo.

3. Conclusiones

La presencia y necesidad social del mito, como un arquetipo colectivo y universal en las más diversas culturas del mundo, es un hecho incuestionable, cuya raíz podría estar estrechamente vinculada a la propia evolución natural de la especie humana, a la conformación de algunos de los rasgos de humanidad más característicos, como el desarrollo cerebral, la creación de un lenguaje articulado y hablado y la aparición de la conciencia, así como a la calidad de transmisor cultural en que el hombre se ha ido convirtiendo, y que comenzó a plasmarse en el Paleolítico superior y el Neolítico a través de las primeras manifestaciones espirituales, funerario-religiosas y también estéticas.

La maquinaria del lenguaje es el elemento esencial de los pensamientos, la comunicación, la imaginación y, en fin, de la cultura de los seres humanos, por medio del cual se evocan imágenes mentales y se expresan sentimientos. Las palabras pueden crear experiencias que no han ocurrido, y por ese motivo son los motores de la ideación imaginaria y la conceptualización, en donde han pervivido los mitos; las imágenes visuales, en especial figurativas, son un producto de la conceptualización y la evidencia de las abstracciones, de un “lenguaje mítico” colectivo y muy antiguo. La proliferación de

elementos míticos presentes en el desarrollo de la historia de la humanidad parece confirmar la unidad genésica de la propia especie humana moderna¹⁶, cuya atávica capacidad comunicativa y transmisora de la cultura, de generación en generación, ha creado un gran legado cultural imprescindible para comprender el mundo, acervo que el mito, como expresión de los componentes sociales, se ha encargado de dilucidar, explicar o hacer entender. Además de transformarse orgánicamente, el hombre está programado por lo tanto, para aprender y enseñar sus conocimientos. En este sentido, como explica Richard Leakey, “la mitología es un corpus hermenéutico, una personificación de la Verdad”¹⁷. Todas las sociedades humanas han tenido, entre sus prioridades, la necesidad de generar mitos, lo que revela que la historia cultural del hombre se ha desarrollado bastante unitariamente. La función de comprensión y explicación de aquéllos se inscribe en las necesidades del hombre social, no tanto como hechos demostrados, sino como las historias autorizadas por el grupo: el mito justifica, así, la naturaleza de la sociedad¹⁸.

Dentro del marco de las sociedades cazadoras y recolectoras, los hombres del Paleolítico Superior debían de estar en posesión de un sistema de creencias altamente desarrollado, que se manifestaba en imágenes simbólicas tomadas del mundo natural. Es muy probable que las representaciones en las pinturas parietales, fundamentalmente de animales aunque también de figuras humanas esquematizadas y signos abstractos, llegaran a expresar ciertos vínculos con las funciones metafísicas de los símbolos, lo que puede ser contemplado como el verdadero esqueleto, el armazón de una mitología, e incluso, el fundamento de una proto-escritura primitiva. Aunque el mito presenta motivos más que fundamentos propiamente dichos, éstos pueden establecerse metafísicamente, y por eso mismo puede entenderse como una presencia viva, necesaria y útil, necesidad que depende de los aspectos trascendentes en la vida del ser humano, y también como una representación de un ámbito incondicionado que trasciende el mundo de los objetos. La universalidad mítica, constatable, asimismo,

en la generalización de los personajes actuantes en los diversos mitos (supervivientes del diluvio, gemelos divinos, héroes civilizadores y fundadores¹⁹), o en sus acciones, poco divergentes conceptual y formalmente entre regiones geográficas dispares o grupos culturales diferentes, se refleja en el despliegue de un lenguaje universal y en la presencia de unos mitologemas parecidos, cuya semejanza no requiere obligatoriamente de influencias mutuas o contactos interculturales. En definitiva, el mito, surgido colectivamente, de modo impersonal, actúa como una filosofía vital de los grupos humanos y es el justificativo ideológico más poderoso de nuestro accionar; por su mediación se han preservado unos específicos modos de observación y reflexión y unas formas de vida que todavía hoy no han periclitado en muchas regiones del planeta.

La exégesis mitológica de los últimos años dificulta el tratamiento genérico del mito con la objetividad debida respecto a quienes lo transmitieron. Aquellos que lo experimentaron quizá no buscaban enseñar a la posteridad todo lo que la modernidad quiere sonsacarle, pero eso no invalida ni hace erróneos sus planteamientos. El mito conlleva funciones claras que podemos llegar a vislumbrar y que ya pudieron reconocer algunos intérpretes en la antigüedad, de forma que es de todo punto más conveniente estudiarlos que juzgarlos, para evitar así que sean un continuo desafío a nuestra tan ensalzada racionalidad, y entenderlos como uno de los valores activos de nuestra cultura. Y es que, no lo olvidemos, sin mito no hay historia.

NOTAS Y BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- ¹ Acerca de la participación del inconsciente y sus símbolos en la génesis mítica, véase JUNG, C.G., *Símbolos de transformación*, edit. Paidós, Buenos Aires, 1976, pp. 78 y ss.
- ² El surgimiento del mito podría estar en la facultad imaginativa de todo ser humano, pero no en la imaginación exclusivamente infantil, con el

consiguiente menosprecio que esta opinión puede conllevar, como afirma RANK, O., en *El mito del nacimiento del héroe*, edit. Paidós, Barcelona, 1991, pp. 80-81. Véase también al respecto, BAUZÁ, H.F., *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*, edit. F.C.E., Buenos Aires, 1998, específicamente, pp. 144-145, y BERMEJO BARRERA, J. C., *El mito griego y sus interpretaciones*, edit. Akal, Madrid, 1988, pp. 21 y ss.

- ³ Cassirer, E., en *Filosofía de las formas simbólicas*, edit. F.C.E., México, 1972, pp. 32-35, establece que el contexto mítico es un mundo de representaciones, pero de carácter objetivo, pues posee sistemas conceptuales amplios. En este sentido apreciamos un “conocimiento mítico” a partir del cual el mito ni puede estar errado ni ser una pura fantasía, en tanto que, aunque sea a través de las imágenes de los sentidos, posee verdades significativas. CAMPBELL, J., en *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, edit. F.C.E., México, 1959, pp. 65 y ss., señala cuatro de sus funciones básicas y elementales: mística, cosmológica, sociológica y pedagógica.
- ⁴ Véase acerca de la concepción del mito como una forma de conocimiento, Cencillo, L., *Los mitos. Sus mundos y su verdad*, B.A.C., Madrid, 1998, pp. 10 y ss., en donde afirma que “si el conocimiento de las cosas es algo más que lo que perciben los sentidos y que por ello es lo único real, el mito puede ser un conocimiento, pues percibe algo imaginario, ideal o no verificable por imágenes”.
- ⁵ Cf. Cencillo, L., *Op.cit.*, en p. 16; véase también LÉVI-STRAUSS, C., *Antropología Estructural*, Buenos Aires, 1978, especialmente, pp. 225-232 y ss. Aunque para los estructuralistas la esencia del mito son sus formas y no sus contenidos, es imprescindible estudiar estos últimos, sus significados y sus categorías de pensamiento, que suelen abarcar todas las formas culturales y sociales de la civilización que los experimenta. Sobre el estudio sociológico del mito es de gran utilidad VERNANT, J.P., *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, edit. Siglo XXI, Madrid, 1982, pp. 200-230 y ss. Referente a las estructuras del pensamiento mítico, deben seguirse las reflexiones de KOLAKOWSKI, L., en *La presencia del mito*, edic. Cátedra, Barcelona, 1994, específicamente, pp. 96-97.
- ⁶ Sobre el valor, la sacralidad y la ejemplariedad de los mitos, y acerca de la relación de aquellos que relatan los orígenes del mundo y de los hombres

con las ceremonias rituales, es imprescindible ELIADE, M., *Mito y Relidad*, edit. Labor, Barcelona, 1991, sobre todo, pp. 147-148.

- ⁷ Véase al respecto Díez de Velasco, F., *Lenguajes de la religión. Mitos, símbolos e imágenes de la Grecia antigua*, edit. Trotta, Madrid, 1998, pp. 21-22 y ss.; sobre la canalización de los acontecimientos sociales a través de las genealogías míticas, es de necesaria consulta el opúsculo de Bermejo Barrera, J.C., *Grecia arcaica: la mitología*, edit. Akal, Madrid, 1996, en especial, p. 15 y ss. Acerca de las necesidades hermenéuticas del lenguaje, revítese MAYR, F.K., *La mitología occidental*, edit. Anthropos, Barcelona, 1989, específicamente, pp. 87-88.
- ⁸ Cf. Cencillo, L., *Op. cit.*, en p. 30, y nota 12. Véase, asimismo, DETIENNE, M., *La invención de la mitología*, edit. Península, Barcelona, 1985, p. 65 y ss.
- ⁹ Véase, por ejemplo, Van Riet, G., “Mythe et Verité”, *Revue philosophique de Louvain*, nº 58, 1960, pp. 15-87, y Durand, G., *De la mitocrítica al mitoanálisis*, edit. Anthropos, Barcelona, 1993, especialmente, pp. 26-30 y ss. Los métodos de interpretación han sido variados: desde el carácter estético del romanticismo, pasando por la visión filológico-lingüística y psicológica de Max Müller, que entiende a los mitos como una etapa infantil en el desarrollo evolutivo cultural humano, hasta las vertientes de la antropología comparada de Frazer, el ritualismo de J. Ellen Harrison, el psicoanálisis jungiano, el estructuralismo y la escuela sociológica francesa de Detienne, Vernant o Vidal.Naquet.
- ¹⁰ Cf. *La mythologie comparée*, edit. Du Sens, París, 1970, pp. 117-134, y Gernet, L., *Anthropologie de la Grèce ancienne*, París, 1968, pp. 100-101 y ss. Véase un tratamiento del tema muy sugestivo en DETIENNE, M., *Op. cit.*, en p. 142 y 150-151.
- ¹¹ O también ucrónicos o intemporales. Acerca de los temas míticos y su carácter de perfección, es recomendable Weinrich, H., “Structures narratives du mythe”, *Poétique*, nº 1, 1970, pp. 25-34. Sobre el pensamiento conceptual mitológico es también destacable la obra de Lévi-Strauss, C., *Mito y significado*, Edit. Alianza, Madrid, 1995.
- ¹² En *La verdad del mito*, edit. Siglo XXI, Madrid, 1996, p. 80. Véase también Pettazzoni, R., “Die Wahrheit des Mitos”, *Paideuma*, vol 4, 1950, pp. 4-10.
- ¹³ Véase al respecto de la verdad y credibilidad de los mitos, en especial en el seno de la Grecia antigua, Gadamer, H.-G., *Mito y razón*, edit. Paidós,

Barcelona, 1993, p. 64 y pp. 106 y ss. En esta misma orientación debe revisarse VEYNE, P., *¿ Creyeron los griegos en sus mitos ?*, edic. Granica, Barcelona, 1987, en especial, pp. 41-58.

- ¹⁴ Cf. Van Der Leeuw, *La religión dans son essence et ses manifestations. Phénoménologie de la religion*, París, 1948, pp. 405-406 y ss: “Le Myth est une célébration en parole, le rite est une déclaration en acte”. Revítese también, Snell, B., *Die Entdeckung des Geistes*, Gotinga, 1975, pp. 96-97, y Hubner, K., *Op. cit.*, pp. 192 y ss.
- ¹⁵ Sobre el carácter fundacional del mito y su inexplicabilidad a través de los métodos empíricos de la ciencia, es de obligada consulta la obra de Kolakowski, L., *Op. cit.*, en especial pp. 31-64. Véase también CASSIRER, E., *El mito del Estado*, edit. F.C.E., México, 1997, específicamente, pp. 351 y 352.
- ¹⁶ Las teorías del Arca de Noé y la Eva negra o mitocondrial pudieran apoyar, aunque aún con reservas para ciertos lugares, donde es plausible una continuidad regional, que el origen de las poblaciones humanas modernas es genéticamente único, en África hace unos 150000 años. Los hombres modernos, al expandirse hacia los demás continentes, habrían sustituido, sin mezcla genética ni hibridación, a las poblaciones preexistentes. Cf. Leakey, R., / Lewin, R., *Nuestros orígenes. En busca de lo que nos hace humanos*, edit. Crítica, Barcelona, 1999, p. 182 y ss., y 186-198. En este sentido, Lévi-Strauss ha afirmado que la estructura neuronal del cerebro del *homo sapiens* indica que todos, independientemente del núcleo socio-cultural al que se pertenezca, pensamos de forma similar. Cf. La referencia en Kottak, C.P., *Antropología. Una exploración de la diversidad humana*, México, 1996, p. 353 y ss.
- ¹⁷ Cf. Leakey, R., / Lewin, R., *Op. cit.*, p. 249. Véanse también los comentarios del paleoantropólogo acerca del desarrollo del lenguaje humano en pp. 201-222 y 248.
- ¹⁸ El mito “sirve como objeto de conocimiento histórico y de estudio social”, en Bauza, H.F., *Op. cit.* en pp. 109-110.
- ¹⁹ Acerca de la generalización de personajes arquetípicos y de temáticas análogas en las mitologías de los diversos continentes, véase, de nuevo, Cencillo, L., *Op. cit.*, especialmente, en pp. 395-401.